

La psicosis ordinaria en la época del Otro que no existe

DANIEL MILLAS

Podemos comenzar por afirmar que este término viene a nombrar una forma de psicosis propia a la época en que vivimos. La época del Otro que no existe. Así la denominó Jacques-Alain Miller en 1998 en el contexto de la “Convención de Antibes”. Para situar mejor el contexto en juego en esta denominación es importante tomar en cuenta los desarrollos que Miller realiza en aquellos momentos. Especialmente, el curso dictado en 1996 junto a Eric Laurent, que lleva justamente como título *El Otro que no existe y sus comités de ética* (2005). Se interroga allí lo que viene a cumplir una función de abrochamiento entre el sentido y el goce en la época de la declinación de la función paterna.

Como es sabido, en su seminario sobre las psicosis, Lacan (1986) atribuye al Nombre del Padre la función de Punto de Almohadillado, es decir, de mantener ligados el significante y el significado. Cuando esto no sucede, se producirán alteraciones en la relación con el lenguaje, así como severos trastornos en la economía libidinal.

Afirma allí:

...no es imposible que se llegue a determinar el número mínimo de puntos de ligazón fundamentales necesarios entre significante y significado para que un ser humano sea llamado normal, y que, cuando no están establecidos, o cuando se aflojan, hacen al psicótico. (Lacan, 1986: 234)

Esta lógica la veremos desplegarse más tarde, cuando establece la causalidad significativa de las psicosis por la forclusión del Nombre del Padre. De este modo, la carencia del efecto metafórico por él promovida abrirá un agujero en el campo de la significación fálica (Lacan, 1987).

Podemos notar que la neurosis es aquí la estructura clínica tomada como modelo para explicar las psicosis. Sin embargo, de las posibles estabilizaciones de las psicosis, Lacan extrae una consecuencia fundamental que será desplegada posteriormente: el Nombre del Padre puede ser sustituido en su función. Existen otros operadores de suplencia capaces de mantener ligados el significante, el significado, y el goce del cuerpo.

La última enseñanza de Lacan se caracteriza por la generalización de términos anteriormente restringidos al campo de la psicosis. La forclusión, el delirio, el síntoma y el Nombre del Padre, son abordados a partir de la antinomia radical establecida entre lo real y el sentido.

Para el tema que nos ocupa aquí, es interesante mencionar el desarrollo que J.-A. Miller realiza en el curso dictado en 1996 junto a Eric Laurent (2005)

Dice allí:

De manera general percibimos que entre el significante y el significado siempre se necesita un broche, que en la primera época de la enseñanza de Lacan era lo que él llamaba el gran Otro. Al segundo broche lo llamó discurso y al tercero, el más económico, es el que inventó como nudo borromeo, que mantenía las tres dimensiones sin necesidad de un elemento suplementario. (2005: 121)

Añade luego:

Lacan se preguntó si no haría falta agregar al nudo un cuarto redondel para mantener los tres primeros... Éste sería el último broche, en cuyo caso el Otro que no existe podría completarse con la proposición según la cual lo que existe es el síntoma, lo que explica además por qué nos lanzamos al examen de los síntomas contemporáneos. (2005: 124)

Es importante tomar en cuenta esta afirmación, ya que un año después, en “La Conversación de Arcachón” (1999), vemos que Miller avanza con esta propuesta, delimitando un nuevo programa de investigación clínica sobre las denominadas psicosis ordinarias.

Punto de Basta sí o no

En “La Conversación de Arcachón” (1999), Miller señala que, así como generalizamos la forclusión, es preciso generalizar el Nombre del Padre (NP). Para este fin, propone el Punto de Basta (PB). El PB generaliza el NP, caracterizándolo como un aparato que hilvana y engancha.

Este abordaje pone de relieve la diferencia entre una clínica estructuralista, en la que el NP constituye el rasgo distintivo, y una clínica borrona. Para remitirse a esta última, Miller propone simplemente la siguiente fórmula: PB sí o no (1999: 319). Se establece entonces la oposición PB o nebulosa, aclarando que existe entre ambas una gradación que debe ser investigada.

Veamos algunas consecuencias que se desprenden de esta elaboración.

En primer lugar, la generalización del NP no implica un abandono de la clínica estructuralista, sino una ampliación de la función del NP, que permite captar las consecuencias que tiene sobre el goce una operación significante.

Tampoco se trata de introducir una continuidad entre neurosis y psicosis, sino de una gradación dentro del amplio campo de las psicosis.

Como señala Miller (1999), en los dos casos tenemos PB. En las neurosis el PB es el NP. En las psicosis, el PB es algo diferente, pero que cumple con la función de mantener ligados en sentido y el goce del cuerpo.

A partir de esta consideración Miller dirá que es posible hablar irónicamente de las neurosis como un subconjunto de las psicosis (1999: 395).

Esta ironía, es aquella a la que Miller ya se había referido en el año 1988, cuando afirmaba la pertinencia de situar a partir de la esquizofrenia, una clínica universal del delirio (1993: 6). Es la misma que nos permite privilegiar en nuestra práctica las diversas modalidades de abrochamiento entre los semblantes y lo real, con el fin de evitarle al sujeto su dispersión en la lengua y detener así la fuga del sentido. Veamos algunas consecuencias que se desprenden de esta elaboración cuando se trata de abordar la clínica de las psicosis ordinarias.

Los trastornos del lenguaje

Son conocidos los trastornos del lenguaje que Lacan aborda en su primera enseñanza tomando como referencia la semiología psiquiátrica clásica. Por ejemplo, el neologismo, las frases interrumpidas, las palabras impuestas, la alucinación acústico-verbal, etc. Sin embargo, vienen a reconsiderarse ahora ciertas peculiaridades que afectan no al significante sino a la significación misma.

Como lo afirma Miller, la palabra es normal, la frase es normal y, sin embargo, detrás de la palabra o la frase hay una “intención inefable”. Se pone el acento en el tipo de satisfacción que se alcanza alrededor de la misma, demostrando que se juega allí un modo específico de “gozar del lenguaje”, sin pasar por el campo del Otro. Se pone el acento entonces en este punto, en el tipo de satisfacción en juego en esa significación. Esa intención inefable, que no se dialectiza, es otra modalidad de una significación absoluta, que a diferencia de lo que sucede en las neurosis, no es susceptible de ser cernida por un trabajo de elaboración significante. Mantiene sin embargo una carga libidinal que no llega a ser vivida como intrusiva y que opera como un punto de basta. Tuve la oportunidad de entrevistar en una Presentación de Enfermos, a un paciente que decía que él era “dueño de un humor muy fino”.

Se trata de un sujeto que cae en un estado depresivo, luego de perder el trabajo. Ese lugar lo sostenía en una identificación, que junto a considerarse el preferido de su jefe, operaba como un NP. Abandonado por el padre siendo muy chico, siempre sintió que por ese motivo algo en él no era auténtico, que podía ser rechazado y desvalorizado por los otros, que a diferencia de los demás su lugar siempre estaba amenazado de ser cuestionado.

Sin embargo, a partir de esa posición que obtiene en el trabajo, había logrado casarse con una mujer empleada de la empresa y ar-

mar una familia. Al perder ese lugar porque la empresa es vendida, siente que los nuevos dueños lo desvalorizan, no lo respetan y finalmente renuncia. Luego esta vivencia se traslada a la familia. Allí tampoco lo respetan, lo consideran un vago porque no trabaja, etc.

Para este paciente, tener “un humor muy fino” implicaba que en determinado contexto social, mientras participaba de una conversación, una determinada significación se recortaba para él con un efecto tal que le producía gracia; pero consideraba que eso era tan sutil, tan fino, se requería de una rapidez mental tal, que no podía contarle porque nadie tenía esa capacidad y no lo iban a entender. Se trata aquí de una significación inefable, de un acento de singularidad que de ninguna manera pasa al campo del Otro, que no se nutre del lazo social como el chiste o el humor. Se trata en cambio de un gozar de la lengua que se realiza por fuera del lazo social. Como él mismo lo decía, es algo que “queda dentro de mí”.

Esta significación se recortaba solo para él y podía tener un sentido común, pero llevaba una carga absolutamente propia y además tenía una función muy particular. Le permitía una cierta separación de ese contexto social dónde él se encontraba en ese momento, y en el cual, por algún motivo, se podía sentir exigido, agobiado, cuestionado o interrogado.

Los neo desencadenamientos

La clínica de la psicosis ordinaria nos lleva también a atender los diversos modos de desenganche o desconexión del sujeto con el Otro, que no establecen una discontinuidad entre un antes y un después absoluto. Una ruptura que como en el caso de las psicosis clásicas, es correlativa a una verdadera “catástrofe subjetiva”.

La importancia que en este campo asume la dimensión de la contingencia, nos lleva a considerar no solo los encuentros que desencadenan los fenómenos de goce, sino también aquellos que eventualmente permiten alcanzar una solución que torne soportable la relación del sujeto con su cuerpo.

La clínica nos permite constatar que formas de desencadenamiento clásico con fenómenos elementales a cielo abierto, pueden arribar posteriormente a modos de estabilización efectivos sin recurrir a la construcción de un nuevo universo de sentido. Por otra parte, no es posible asegurar que lo que llamamos hoy “psicosis ordinaria” no devenga en algún momento, a partir de una determinada contingencia, una psicosis claramente desencadenada.

El delirio ordinario y los fenómenos sutiles

En la paranoia, la certeza correlativa a la irrupción de goce pone en marcha una elaboración de un sentido nuevo que encuentra su límite en la revelación de una verdad que anula el enigma inicial. El paranoico es aquel que sabe finalmente quién es, para qué está en el mundo y quién es el Otro con el que tiene que arreglárselas.

La psicosis ordinaria nos lleva en cambio a tomar una perspectiva generalizada del delirio. Aquella que desarrolla Lacan en su última enseñanza, cuando afirma que somos todos débiles y todos locos. Débiles ante un real excluido del sentido y locos, en tanto es alrededor de ese real que se tejen elucubraciones, ficciones que intentan taponarlo. Desde esta perspectiva el sentido común también es un delirio. La cuestión es entonces cómo a partir de esta generalización hacer luego diferencias que nos permitan tomar el lugar que conviene en la cura.

Entre otras cosas las psicosis ordinarias nos enseñan que no solo existen los delirios extraordinarios, que inventan un nuevo universo de discurso. Nos enseñan también que el sentido común, si no deja lugar para la inscripción de una significación propia que aloja la singularidad que habita en cada sujeto, tiene la misma estructura forclusiva que un delirio psicótico.

Considero que una psicosis ordinaria debe ser considerada tomando en cuenta un lapso temporal; no pienso que una psicosis ordinaria sea en sí misma una entidad claramente definida, con un *neo desencadenamiento*, donde se constatan fenómenos sutiles, acotados, y que esto va a ser siempre así. Es posible pensar que lo que es hoy una psicosis ordinaria, ante determinada contingencia, pueda dar lugar a un gran desencadenamiento y devenir una gran psicosis. El tema central es de qué manera nosotros podemos ayudar a evitar eso.

No se trata de esos casos en los que el sujeto debe elaborar un delirio hasta inventar un significante nuevo que le sirva como Punto de Basta. Se trata en cambio, de sujetos que se sostienen en una relación con el sentido común, y se valen de pequeñas invenciones, que no tienen que ver con una elaboración delirante, sino con determinados recursos que cumplen una función de abrochamiento. No cuestionamos el sentido común, pero estamos muy atentos al valor y a la función que cumplen esos recursos.

Nuestra función fundamental es poder sostener un lazo con el sujeto que le sirva para poder mantenerse en una cierta continuidad y evitarle caer en una gran catástrofe subjetiva con momentos de angustia difíciles de soportar. Se abre así un amplio campo de exploración acerca de los usos posibles que puede hacer un sujeto del dispositivo analítico.

Bibliografía

- Lacan, J. (1986). *El Seminario. Libro 3. Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- (1987). “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis” (p. 540). En *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Miller, J.-A. (1993). “Ironía” (p. 6). En *Uno por uno N°34*. Barcelona: Eolia.
- (1999). “La Conversación de Arcachon” (p. 319). En *Los Inclasificables de la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. y Laurent, E. (2005). *El Otro de que no existe y sus comités de ética*. Buenos Aires: Paidós.